

## ESPAÑA Y EUROPA

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Manuel Fraga Iribarne \*

*«La unidad de Europa no es una fantasía, sino que es la realidad misma, y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades substantivas, por tanto, completas e independientes».*

Esto sentenciaba Don José Ortega y Gasset en su obra *Una meditación de Europa*. Un Ortega menos pesimista de lo que sus hagiógrafos le han descrito, al menos en esta su faceta de pensador con autoridad acreditada a nivel continental, que como muchos compartía la creencia de que los problemas españoles podían ser diluidos en una milagrosa solución europea. Sin embargo, esta aproximación al hecho europeo, como si de un bálsamo de Fierabrás se tratase, resulta tan lesiva para el hipotético sanador como para quien es presentado como postulante a ser sanado.

Antes al contrario, España forma parte del *corpus* europeo desde que éste ha sido percibido como tal. Si como sostuvo Don Salvador de Madariaga en su libro *«Ingleses, franceses, españoles»*, ilustre gallego por cierto, con el que comparto además estirpe vascongada, afirmando que *«una nación es un carácter»*, el carácter español no puede entenderse si no es mediante el examen del común legado de los derechos romano y germánico, que todavía hoy dejan sentir su impronta en nuestras leyes, de la herencia eclesial, que con su moral y a través de la escolásti-

---

\* Sesión del día 19 de junio de 2001.

ca nos entronca con la más clásica filosofía helenística, y del conjunto de valores que han germinado de aquellas simientes, dando frutos tan reconocidos como el *Ius Gentium* conformado por Francisco de Vitoria y Francisco Suárez para regular de un modo civilizado la coexistencia entre los intempestivos monarcas de esta península que Paul Valéry definió en «*La Crise de l'esprit*» como «*un petit cap du continent asiatique*».

En principio resulta ineludible recordar que la guerra fue siempre el estado natural de convivencia entre las fragmentadas partes que componemos Europa. La Paz de Westfalia sólo fue un punto y seguido en nuestra azarosa historia, pese a lo que supuso hasta el Congreso de Viena, casi dos siglos después. Pero si en Münster España fue protagonista, en la capital austríaca fuimos público, aunque nuestro destino siempre estuvo unido a los avatares de la belicosa Europa. Fuese como cirujano o como paciente, España siempre ha tenido su escenario político definido entre los angostos límites del viejo continente.

Para nuestra desgracia, nosotros los españoles no hemos tenido en la historia contemporánea un Castlereagh, avanzado de lo que ulteriormente Palmerston proclamaría como lema de la política exterior británica, es decir, la ausencia de aliados eternos o enemigos permanentes.

No obstante, nuestra relación con el resto de Europa jamás ha sido atípica, como se ha querido resumir por espurios comentaristas, ni mucho menos imposible. Fue una variante de entre las múltiples existentes, sometida a las peculiaridades de una potencia predominante que luego debió acomodarse a un nuevo equilibrio de fuerzas, como le ha sucedido a otras naciones que han experimentado, o lo están haciendo en estos momentos, esa nueva posición de repliegue en el ciclo histórico.

Hoy, por fortuna, España está en condiciones de aspirar a recuperar su papel más determinante en el directorio europeo. Ya no somos unos meros comodines en las negociaciones continentales.

Entiendo que dada nuestra claridad de ideas, programa nacional y condiciones socioeconómicas, jamás volveremos a protagonizar episodios como los de la Conferencia de Algeciras, corolario del reparto efectuado en Berlín de las zonas de influencia en el continente africano, y que tan graves consecuencias supuso, ya no sólo para nuestra seguridad estratégica, sino incluso para la estabilidad política interna de la Nación, agitada por los ingentes costes humanos y presupuestarios de una política siempre abocada a la esterilidad por las constricciones impuestas en la

colisión de intereses con quienes partían y se adjudicaban la mejor porción en las zonas de influencia.

Por otro lado, el rol secundario de Europa en la escena internacional, a todas luces evidente tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, ha alterado el *statu quo* en las relaciones domésticas europeas. Episodios como la Guerra del Golfo y el conflicto balcánico han subrayado bien a las claras que ningún Estado europeo puede aspirar a erigirse en componedor, ni mucho menos en árbitro e imposible garante con capacidad disuasiva suficiente frente a transgresores del Derecho Internacional. Europa en su conjunto carece de los medios y tesón precisos como para ser creíbles sus advertencias por quienes hacen del capricho norma de conducta. Ante una hipotética crisis de abastecimientos energéticos o de otras materias primas imprescindibles para el sostenimiento de nuestra economía y, por ende, de los extensos servicios sociales que por ella son sufragados, nos hallaríamos tan inermes y expuestos a la intemperie de los acontecimientos como nunca lo hemos estado desde la Edad Moderna.

Toda emancipación requiere de madurez. Sin este elemento cualquier individuo o colectivo social se hallará imperiosamente sometido a una estricta curatela para la realización de los negocios y la materialización de los asuntos más trascendentes.

Es responsabilidad de España, pero también de las grandes naciones europeas que un día aspiraron a una hegemonía universal y que ahora se encuentran relegadas a un destino de gregarios o, a lo sumo, tributarios líderes regionales, avivar la llama de la dignidad de Europa templando su voz en el mundo.

Cuando Oswald Spengler vaticinó la decadencia de Occidente no estaba haciendo otra cosa que ratificando la pérdida de impulso de los valores europeos, carcomidos por estériles luchas intestinas y por una expansión de otros actores que no compartían en absoluto su *modus vivendi* ni su sistema de creencias.

Para cualquier británico que contraponga su espléndido y reciente pasado con la lacerante realidad del declive resultará particularmente hiriente que geoestrategas como Zbigniew Brzezinski, antiguo consejero de seguridad nacional de la Administración Carter, caracterizada por cierto por su capacidad de distensión, dentro de su conceptualización de los aliados europeos como *vasallos* haga distinciones y coloque a Alemania como jefe de línea en ese grupo.

Que además lo haga recurriendo a la definición que el Canciller de Hierro dio sobre la idea de *hegemonía* resultará particularmente ofensivo para algunos.

En efecto, que pensadores como Brzezinski o Huntington asuman la definición que de hegemonía acuñó Bismarck no deja de ser un sarcasmo histórico.

*Hegemonía* era, para el viejo estadista defenestrado por un voluble y acomplejado Guillermo II debido a sus deficiencias físicas, incompatibles con la herencia militarista prusiana, «una relación desigual establecida entre un gran poder y otro u otros poderes menores, que está sin embargo fundamentada en una igualdad jurídica formal entre todos los estados implicados».

No se trata de un imperio, ni siquiera de una vinculación entre mandante y mandado, sino de un nexo entre quien ejerce un liderazgo y quienes lo siguen.

Europa, en consecuencia, no puede ser entendida como un conglomerado político aislado en un entorno aséptico. Como partícipe de un sistema mundial abierto y poroso viene influenciada, incidida y afectada por la conjunción de fuerzas que ejercen su capacidad de presión, dominio y primacía en múltiples campos, que van desde el ámbito económico al cultural, pasando por el político y el militar.

Esta constatación debe ser reconocida para recobrar el protagonismo que los europeos merecemos, aunque a menudo la sutileza de la urdimbre impide apreciar su existencia y efectividad.

Sirva como anécdota el hecho de que un hombre de Estado de tantas y tan incuestionables virtudes como el General De Gaulle, aunque lego en asuntos de economía, se negaba a entender como era posible que los Estados Unidos pudiesen financiar ilimitadamente su déficit simplemente imprimiendo papel moneda y que Francia no pudiese hacerlo.

Para quienes compartan su asombro baste recordar también que pese al desmantelamiento por Nixon de la base del Acuerdo de Bretton Woods, sustentada sobre la convertibilidad del dólar respecto al oro, aún hoy quienes alumbramos y nos adherimos con especial ilusión al proyecto de Unión Económica y Monetaria debemos asumir la primacía del dólar norteamericano en el comercio internacional, aunque los europeos ostentemos la dudosa posición de primera potencia comercial del planeta.

Una prueba irrefutable de esta *Realpolitik* es que nuestras importaciones de crudo todavía no puedan referenciarse en euros y que, por ello, estemos sometidos a la doble lesión inflacionista generada por la subida de los precios del petróleo y por la revalorización de la moneda en que aquél debe ser abonado.

Llegados a este punto puede y debe afirmarse algo tan palmario como que el mundo no se agota en Europa, pero que a la vez Europa es el dintel de la puerta al mundo para el conjunto de las grandemente pequeñas naciones europeas. Por tanto, los que arrastramos la gloria y la carga de un brillante pasado debemos aprender a, sin dejar de ser lo que fuimos y seguimos siendo, ser también genuinamente europeos.

Entender la europeidad como requisito *sine qua non* de nuestro futuro individual con personalidad propia deviene en paso obligado para preservar con éxito todo aquello de nuestra tradición que merece ser preservado.

Los españoles, como los franceses, los italianos, alemanes, pero también los británicos, fuesen escoceses, galeses, norirlandeses o ingleses, y por descontado todos aquellos pueblos con menor potencial demográfico pero con indudable carga y personalidad históricas del conjunto de la Unión, debemos aprender que la esencia de nuestro peculiar espíritu sólo mantendrá su singularidad en tanto en cuanto compensemos nuestra debilidad comparada mediante el refuerzo de nuestra unidad. Unidad que jamás tiene por qué implicar uniformidad, ni siquiera homogeneidad, aunque sí lealtad, solidaridad y sinceridad.

Por eso afirmo que para España, como para Francia, Italia, Alemania o Gran Bretaña, Europa no es una opción sino la opción. La única vía para aspirar a ser, a contar y a decidir, aunque sea mancomunadamente, en la escena internacional.

Hoy, con una imbatible carrera por la mundialización de los factores productivos, pero también de la información, de las ideas y hasta de dudosos valores morales, ninguno de nosotros puede aspirar de manera sensata a emular una suerte de *espléndido aislamiento* remozado, porque los tiempos que hicieron posibles a figuras como Disraeli o Gladstone, o que antes alumbraron a Don Juan de Austria, el Conde-Duque de Olivares, Richelieu o Metternich han pasado y sólo nos han legado páginas insignes de una historia que no podrá ser escrita con los mismos útiles e instrumentos.

De entre todas las añejas naciones europeas España tiene una singular responsabilidad para coadyuvar a que la Unión sea apreciada en lo que vale por quienes se mueven en eso que se ha venido en llamar globalización. España, forjada por la fusión de viejos reinos medievales, surgidos tras la invasión musulmana de la Hispania romana y visigoda, nació realmente a la Edad Moderna con la cohesión que supuso la gran empresa transoceánica, y fundamentalmente la colonización americana.

Sólo cuando se perdió el nervio americano España comenzó a ser vista en Europa como simplemente «*das schöne Land des Weins und der Gesänge*», que dijo Goethe en su inmortal Fausto. Un reducto atípico, declinante, lleno de curiosidades y reliquias antropológicas en una Europa que se metía de bruces en la revolución industrial, la carrera científica y la expansión mercantil. Sólo entonces se agudizaron nuestras cuitas domésticas, desprovistos de un gran proyecto nacional exterior, azuzando las disensiones triviales y tribales, fomentando hasta la exasperación el particularismo, debilitando más si cabe nuestro ser nacional, que tuvo su puntilla en Cavite y Santiago de Cuba.

Los reproches, las afrentas, las susceptibilidades y los egoísmos sólo comenzaron en nuestro suelo cuando España dejó de ser lo que era, una nación que trascendía sus angostas fronteras para ofrecerle a sus hijos ilimitados horizontes y nuevas perspectivas. La cerrazón, el encogimiento, la pequeñez, nos abocaron a un estado de postración, de desolación y egoísmo.

Por eso sostengo que España debe recuperar lo mejor de su legado. Mirar allí donde florece su cultura, procedente de un árbol profusa y cuidadosamente injertado con múltiples variedades de sus antiguos reinos, principados, ducados, condados y demás territorios jurisdiccionales, mirar a Iberoamérica.

En los últimos años la sociedad española ha comprendido esta necesidad y ha dejado bien patente su decisión mediante el espectacular incremento de las inversiones productivas, no especulativas, allí realizadas. Nuestro destino y nuestra fortuna están cada vez más ligados a la suerte de la Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Por paradójico que pueda antojársele a gentes irreflexivas, sin sentido geopolítico ni perspectiva histórica, esto no contradice nuestro empeño europeo y europeísta. Al contrario, existe una íntima complementariedad entre ambas líneas de actuación como intentaré demostrar.

España es tanto más ella misma cuanto se apoya en mayor medida en sus naciones hermanas de América. Junto con Portugal, que también comparte nuestras vicisitudes, necesidades y anhelos, podemos cobrar la dimensión que perdemos en solitario. La sombra de la influencia española crece en Europa en relación directamente proporcional a nuestro protagonismo en la otra orilla del Atlántico.

Pero allí el empuje de su gran vecino del Norte, siempre fiel a la clásica doctrina Monroe, que tan buenos dividendos le ha reportado y que ni siquiera

pudo ser abrogada por el empuje de un presidente tan internacionalista como Woodrow Wilson, puede convertir nuestros denodados esfuerzos en vanos intentos de superación.

El hombre de Estado ha de caracterizarse ya no por la soberbia indiferencia, afirmación que se le atribuye al finado presidente francés François Mitterrand, sino por su sentido de la trascendencia, que supera los accesos episódicos de éxito o fracaso que pueden jalonar cualquier orientación, tanto ascendente como descendente, en el largo plazo del devenir nacional. Y para ello no hay que dejarse cegar por la incontinencia de los publicistas ni por la lisonja de los interesados.

La ponderación de la fría realidad, aunque deba ser edulcorada para estimular la perseverancia, el tesón y la continuidad en el desarrollo de la tarea emprendida, es una dura carga que sólo pueden sobrellevar quienes puedan conjugar la fe en el proyecto con la constancia en el sacrificio. En ese sentido no puede obviarse que estados como California o Tejas concentran por sí mismos tanto o más potencial económico y empuje demográfico que España.

En paralelo, España es, junto con Portugal, el eslabón que une a Europa con su reflejo civilizador en América. Hace unos meses tuve la oportunidad de refrendarlo así ante altos responsables políticos europeos y latinoamericanos reunidos en Biarritz. Europa es una entidad política sometida a grandes incertidumbres estratégicas. Padece una grave y persistente depresión demográfica, que más bien pronto que tarde puede convertirse en una losa imposible de levantar.

De hecho no se conoce ningún precedente digno de renombre en el que las variables económicas puedan crecer de manera significativa en medio de un panorama de contracción de la población, y fundamentalmente de la población en edad productiva, la que no sólo contribuye en mayor medida al sostenimiento del erario público con sus aportaciones fiscales, sino también la que tira más de la demanda, sobre todo en el capítulo de la inversión y de bienes de consumo duradero.

A día de hoy no debe ocultarse ni olvidarse que aunque la población total de Europa experimenta magros crecimientos en términos totales, y eso incluyendo en los censos a la población foránea asentada entre nosotros, su población en edad laboral ya está reduciéndose.

Además, Europa se halla sometida a múltiples tensiones. En su frontera sur y oriental crece la inestabilidad y el descontento, acrecentados por un crecimiento

demográfico que no conoce parangón y para el que resulta del todo insuficiente un ya de por sí difícil desarrollo económico, que debiera superar los dos dígitos anuales durante décadas para satisfacer las demandas básicas y elementales de una población próxima a un escenario malthusiano de crecimiento geométrico.

En este ambiente la proliferación de las más radicales e integristas opciones políticas no resulta descabellada.

En la frontera norte y continental asistimos a un escenario dantesco, en el que parámetros como la esperanza de vida media de los ciudadanos al nacer ha llegado a caer en más de diez años en el corto espacio de tiempo que va desde la demolición del muro berlinés de la vergüenza hasta ahora, conjugándose la pérdida de población en términos absolutos con la ausencia de los valores comunitarios y morales que no logran prender en el erial ético dejado por el materialismo dialéctico.

En ese marco se comprende que el imperio de la ley, componente elemental y previo de la economía de mercado propiamente dicha, tarde en fructificar. Esa inestabilidad, que da pábulo a combinaciones tan letales como la engendrada por el nacionalismo étnico y el socialismo radical, a los ficticios agravios comparativos y a toda laya de demagogos, arribistas y oportunistas sin escrúpulos como la que pudimos encontrar en Yugoslavia, implica unas tensiones exacerbadas por la penuria de poblaciones angustiadas.

Debiera comprenderse pues que la verdadera opción estratégica de Europa, la más inmediata, certera y compatible con su esquema de valores, es la apuesta por Latinoamérica. Apuesta que debe ser planteada no en términos de dominación o sojuzgamiento, sino de leal cooperación, ya que tanto los herederos de la tradición europea de allá como los de aquí tenemos mucho que ganar y poquísimos que perder en el envite.

La afinidad cultural, religiosa o jurídica son factores que deben agregarse a la mutua conveniencia económica y a la recíproca oportunidad política.

Es así como España puede cohonestar su destino euro-latinoamericano con los intereses de ambas orillas, como puede reafirmar su personalidad con un gran proyecto nacional de trascendencia exterior, como puede defender su independencia de criterio a través de la constructiva colaboración con no tan lejanos competidores de infortunio.



Para los españoles la relación con el resto de las comunidades europea e iberoamericana no puede ponderarse como un juego de suma cero, en el cual la ganancia de uno debe ser siempre e ineludiblemente el reverso de la equivalente pérdida de otro, sino como un juego de suma positiva, en el que la sinergia desencadena reacciones productivas con efectos de escala.

Es nuestro ineludible deber e intransferible responsabilidad convencer al resto de los europeos de que su interés aconseja volcarse en y con Iberoamérica y a nuestros hermanos del nuevo continente, de esa nueva Europa mestiza, plural y joven ubicada en otras latitudes, que su asociación con nosotros le servirá para preservar sus instituciones democráticas, defender un modelo de justicia social que garantice el nivel de equidad compatible con nuestro sistema de valores y conservar lo mejor de las culturas locales frente a la ola de homogeneización externa que amenaza con difuminar y hasta disolver los rasgos fundamentales de sus colectividades.

De este modo entiendo que España no es problema, sino más bien parte de la solución del problema europeo. De una Europa que se resigna a su decadencia, a su contracción y vasallaje. Que asume con enferma mentalidad un rol tributario, presta a sufrir los efectos colaterales de decisiones tomadas en centros de poder distantes e indiferentes ante sus necesidades.

Pero también una Europa inmadura, que no está dispuesta a pagar el precio de responsabilidad que comporta el poder ejecutar sus propias iniciativas.

Un ejemplo siempre reciente, enquistado en la escena internacional como es el conflicto árabe-israelí ejemplifica a la perfección esta patética situación de parálisis europea.

Siendo como es un contencioso con raíces históricas, en gran medida incubado por los graves errores de los europeos, debido a la sinrazón de sucesivos, injustificados e irracionales progromos contra la fe hebrea, que impulsaron el deseo de crear el Estado de Israel y ayudaron a decantar esa opción, y por otro lado por una pésima gestión de la descolonización, siendo un enfrentamiento que está a nuestras puertas, que incide directamente en la cantidad y precio de materias primas energéticas de las que depende nuestro modelo de desarrollo y, a la postre, la financiación de nuestros servicios sociales, nos vemos obligados a constatar nuestra impotencia y desprestigio, ya que ninguna de las partes nos valora como mediadores debido a que no estamos en condiciones de ser garantes de cualquier acuerdo.

Basta recordar un episodio tan humillante para la historia europea como el fiasco de Suez, último y desesperado intento por reafirmar una ficticia autonomía estratégica de Europa, para dar fidedigna cuenta de nuestras limitaciones.

De ahí a la desaparición de las esperanzas de mantener unos niveles de pleno empleo estable, que quedaron rápidamente diluidas por la primera crisis del petróleo, cuyos orígenes geopolíticos son de sobra conocidos, y cuyas consecuencias fueron y siguen siendo más graves en Europa a causa de nuestra restringida independencia energética, puede decirse que el trecho ha sido significativamente corto.

La relación entre España y el resto de la Europa que también conforma ha de ser vista como una relación social de sustrato sinalagmático, no como una ligazón desesperada con una modernidad que hasta resulta equívoca en esa su errónea denominación.

Europa no podría aspirar a ser lo que necesariamente debe ser en el mundo sin el concurso de una vieja Nación tan importante como España, pero tampoco España podría pretender conservar su esencia cultural, social e histórica, su acusada y rica personalidad, sin estar fuertemente anclada a Europa mediante un proyecto tan trascendente como el proceso de construcción europea, encarrilado por los padres fundadores de las primeras tres comunidades.

No obstante, a nivel doméstico los españoles todavía podemos hacer más para ayudar a incrementar la solidez del edificio comunitario, requisito siempre imprescindible para cobrar protagonismo internacional. En una sociedad democrática ninguna institución pública puede aspirar a perpetuarse sin el apoyo cívico.

Parfraseando a Ernest Renan todos debemos ser conscientes de que nuestra Unión ha de ser un plebiscito cotidiano, como también la existencia del individuo es una afirmación permanente de la vida, según afirmó el autor francés en su *¿Qu'est-ce qu'une nation?*, lo que, a la postre, le llevó a proclamar que *«une nation est donc une grande solidarité, constituée par le sentiment des sacrifices qu'on a faits et de ceux qu'on est disposé à faire encore»*.

Salvando las naturales distancias que deben separarnos del chauvinismo decimonónico de Renan sí conviene recordar que, adoleciendo Europa de un pueblo distinto al de la estricta suma de los distintos pueblos en que se divide, resulta urgente e indemorable hacer llegar el sentido final de la idea europea al conjunto de la ciudadanía.

Europa no es el producto sintético del capricho de un grupo de políticos y diplomados ilustrados sino la respuesta a una necesidad insoslayable, la necesidad de dar un golpe de timón a la trágica tendencia histórica que nos encauzaba por la senda de la confrontación y el desastre.

Digo *trágica* no de forma gratuita, sino en el sentido literal, clásico, helénico del término, incluso sin los matices introducidos por Nietzsche en su *Die Geburt der Tragödie als dem Geiste der Musik*. Trágica porque la práctica mayoría de las generaciones europeas sabían, hasta llegar a estas últimas, que estaban condenadas a seguir un destino que terminaba en la conflagración.

Y cuando las guerras dejaron de ser escaramuzas rurales entre los reyes para convertirse en choques totales con equipos industriales entre los pueblos el infranqueable horizonte de la aniquilación, en el que los civiles ya vertían más sangre que la milicia, era el *non plus ultra* de esa irracional corriente.

Acercar Europa a su ciudadanía implica que ésta conozca las motivaciones de su razón de ser pero también crear una relación de confianza, que comienza con la percepción más íntima de formar parte de una gran empresa humana y, por tanto, de ser escuchado, atendido y valorado como individuo o como colectividad social organizada a los niveles más básicos.

Europa necesita órganos, pero también células y un sistema nervioso que le permita detectar el dolor, la angustia, el temor junto a la alegría y la placidez. Pero ese sistema nervioso no puede ser artificial ni ignorar la rica y tupida red de instituciones que articulan a las naciones que integran la Unión.

Como Presidente de una nacionalidad histórica como es Galicia y de una entidad como la Comisión *Arco Atlántico* de la Conferencia de Regiones Periféricas y Marítimas de Europa bien sé que Europa jamás podrá ser ella misma y, por ende, ganar en consistencia mientras no asuma su esencia plural, plena de matices.

Europa no puede ser vista como un combinado químico, donde sus componentes se integran hasta formar un conglomerado estable que no se disociará sino mediante grandes fuerzas físicas o mediante la introducción de reactivos, sino como un mecano donde las piezas se engarzan o amoldan sin alterar su aleación.

Las regiones, los estados federados y las comunidades autónomas somos elementos tan nucleares de Europa como también lo somos de sus órganos nacionales. Por ello, y porque los responsables regionales somos vistos por la ciudada-

nía como la encarnación más inmediata de las políticas comunitarias que les afectan más directamente, no podemos quedar al margen de la tarea de dotar a Europa de la precisa consistencia interna que garantice la viabilidad de su política exterior.

En este sentido conviene decir que la necesaria articulación de las Comunidades Autónomas españolas en el proceso de construcción europea no es en sustancia diferente a la problemática que deben afrontar los restantes grandes estados nacionales.

Tampoco en esto se puede afirmar que exista una anomalía o atipicidad troncal española, aunque resulta obvio que poseemos peculiaridades políticas e históricas del mismo modo que las poseen aquellos otros estados-nación. España padece y disfruta de las mismas circunstancias constituyentes que el resto de los estados miembros que protagonizaron en alguna ocasión el libreto continental.

Las bases materiales de la constitución histórica de España no difieren, en suma, de las de nuestros vecinos, y sólo cabe hablar de matices o discordancias de ciclo.

La deseable participación de las entidades territoriales europeas en el juego político comunitario a través de sus instituciones y, por tanto, de las españolas, exige reconocer que el traje confeccionado por el Tratado de la Unión Europea se nos ha quedado estrecho.

Que el Comité de las Regiones no basta en su esencia y estructura actuales para colmar las aspiraciones de las colectividades territoriales históricas, que superan por esta misma naturaleza cualquier eventualidad administrativa y convencional que el contingente Derecho Público pudiera estatuir, ya que, entre otras cosas, no todos los allí representados poseemos la misma tradición y bagaje.

Debemos hallar fórmulas que permitan a las regiones europeas con personalidad definida participar de modo efectivo en el proceso de toma de decisiones, rindiendo así cuentas del modo más inmediato posible al ciudadano que hoy percibe a Europa como un ente abstracto, lejano e insensible a sus anhelos, y que todavía será más abstracto, lejano e insensible a medida que se vaya expandiendo geográficamente hacia oriente y se aproxime a su indefinido pero cierto límite asiático.

De manera que el mecanismo que debemos perfeccionar entre todos pasa por el axioma de compatibilizar la utilidad para la construcción europea con la idoneidad para sus regiones, respetando las singularidades de cada una.

Y ese axioma debe ser vivificado con el espíritu de la lealtad, que a su vez se engarza en dos componentes, el de la lealtad comunitaria y el de lealtad constitucional. Sin éste no puede aspirarse a aquél.

Sin ese consenso básico nada cabe hacer. Obsérvese sino algo tan ilustrativo como en el ámbito comunitario, edificado por estados originariamente soberanos que deciden compartir soberanía a perpetuidad, no hay prevista modalidad alguna de separación, segregación o secesión.

Repárese como en toda la historia comunitaria, con todas sus dificultades y divergencias, sólo se han dado fenómenos incluyentes y sumas pero nunca excluyentes y restas. Como hasta los más acervos y contumaces críticos con el espíritu comunitario jamás han llegado siquiera a instar formalmente el abandono de la ahora Unión, ni han jugado con esa remota posibilidad.

Y es que esta Europa política, a diferencia de la Europa geográfica que llega hasta los Urales, que se ha desangrado continuamente por remover las costuras de sus fronteras interiores, ha aprendido ya que no puede alterar su equilibrio sin correr el riesgo de precipitarse al abismo.

En el caso particular de nuestra Nación, la lealtad constitucional, reverso de la lealtad comunitaria que España debe y exige a todos los restantes estados miembros, implica ser conscientes de que formamos parte de un todo, y que nuestra misma esencia individual se deturparía si estuviera sometida a la intemperie de la creciente e imparable mundialización.

Nadie puede ignorar que, por ejemplo, la Institución nuclear que todavía es el Consejo de Ministros europeo aún conserva una indudable carga genética procedente de las clásicas conferencias internacionales, sometidas a su propia dinámica e inercia, y que quien allí se sienta como representante generalmente ha de asumir la condición de plenipotenciario, sometido a la obligación de reserva y discreción que los asuntos exigen.

¿Cómo se presumiría pues lealtad comunitaria a quien no acreditase previamente una cabal lealtad constitucional respecto de quienes concluyen el apoderamiento del plenipotenciario? Cuando en España hayamos cubierto esta exigencia y acreditado el cumplimiento de este imperativo categórico no me cabe duda alguna que será lógico, oportuno, deseable y conveniente que las Comunidades Autónomas accedamos a los más cualificados foros de la Unión, junto a las regiones de otros grandes estados nacionales, y que esto será sumamente beneficioso para el conjunto de Europa.

Sólo entonces, a medida que los ciudadanos vayan conociendo mejor las instituciones comunes y se sientan más amparados por ellas, cobraremos los europeos la confianza y el vigor precisos para poder asumir otra vez las riendas de nuestro destino.

España, en definitiva, no sólo constituye materialmente a Europa junto con sus restantes naciones históricas, sino que forma parte indisociable de la solución a los problemas europeos. En este sentido también debo apostillar a Ortega, ya que en el prólogo a la edición francesa de *La rebelión de las masas* decía: «No niego que los Estados Unidos de Europa son una de las fantasías más módicas que existen y no me hago solidario de lo que otros han pensado bajo esos signos verbales».

Europa no será un ente clónico de los Estados Unidos de América, pero será una unidad genuina y cada vez más estrecha, ya que si no fuese así sucumbirá ante los fantasmas de su propio pasado.

Por eso Europa también sirve como lo que el más universal de nuestros filósofos esbozó en su «*España invertebrada*», ya que según él «*las naciones se forman y viven de tener un programa para mañana*».

El programa español, como el de otras naciones vecinas, pasa por culminar el proceso de construcción europea, por asumir a las naciones condenadas al desván de nuestra historia por el llamado socialismo real en condiciones que eviten la inequidad como semilla que es de pleitos y estériles enfrentamientos futuros.

Una Europa que será muy distinta a la que imaginó Winston Churchill en su celeberrimo discurso de Zurich, en donde suponía la indemne pervivencia de la Commonwealth en el modo en que él la conoció durante sus años de mayor esplendor, bastante parecida pero también distante de la idea originaria de Jean Monnet, en la que no obstante todavía serán válidas las máximas del viejo león británico: «*Debe haber lo que Mr. Gladstone llamó hace muchos años "a blessed act of oblivion". Debemos dar la espalda a los horrores del pasado. Debemos mirar hacia el futuro*».

Muchas gracias.